

La extinción de un oficio

Fernando de Ita

El periodismo cultural se enfrenta, en la era de Internet, a una de sus crisis más profundas. Un puñado de editores ha mantenido heroica y estoicamente la llama encendida. Fernando de Ita recorre en este texto algunos de los momentos que han marcado la historia del periodismo cultural en nuestro país durante los últimos decenios.

Hay veces que el tiempo nos permite ser parte de la historia de nuestro propio oficio. Por un mero azar del destino, en 1977 fui invitado a formar parte de los periodistas y reporteros que fundaron el diario *unomásuno*, que junto a la revista *Proceso* marcaron un hito en la prensa mexicana. En los años setenta del siglo pasado yo era un asiduo lector de los diarios mexicanos y extranjeros, aunque estos últimos llegaban con retraso y sólo a ciertas librerías de la Ciudad de México. Entonces uno tenía que ir en busca de la información y leer entre líneas las opiniones, entrevistas y reportajes que publicaban los periódicos nacionales. El control que tenía el gobierno sobre los medios de comunicación era tan grande que bastaba la llamada de algún secretario de Estado a la redacción de un diario para suprimir una nota, o si ya había sido publicada, despedir al periodista que la había firmado. En aquellos años los diarios nacionales y regionales eran el quinto poder porque estaban subordinados a los cuatro poderes que les antecedían, sobre todo al poder supremo del presidente de la República, o del gobernador en turno.

Decía que era un compulsivo lector de los diarios pero no era periodista. A los veinticinco años intentaba ser un escritor y aunque me faltaba mucho para lograrlo sobrevivía de los guiones de televisión y los espectáculos que escribía para el teatro. En 1970 me fui a estudiar sociología a Nueva York y desde ahí mandé mis primeras crónicas al suplemento cultural del periódico

Excélsior y para mi sorpresa su director, don Pedro Álvarez del Villar, comenzó a publicarlas. Cuando regresé a México en 1973 un generoso amigo de estirpe noroesteña, Jorge Alberto Lozoya, me abrió las páginas de “El Gallo Ilustrado”, el suplemento cultural de *El Día*, el diario de la izquierda priista que tenía la mejor sección internacional de la prensa mexicana y le daba cierta atención a los eventos culturales. En el suplemento escribía reseñas de teatro y algo de narrativa, pero no era periodista. Mi formación era literaria y como tantos jóvenes más o menos ilustrados del país estaba harto del periodismo que en lugar de reflejar la realidad la componía al antojo de los poderes establecidos. Por ello, cuando llegó Julio Scherer a la dirección del *Excélsior* y comenzó a publicar a don Daniel Cosío Villegas, Gastón García Cantú, Ricardo Garibay, Jorge Ibarguengoitia, para mencionar a cuatro plumas por completo diferentes que compartían, sin embargo, una crítica certera, punzante y bien escrita de la realidad mexicana, los lectores de aquel diario nos sentimos reivindicados.

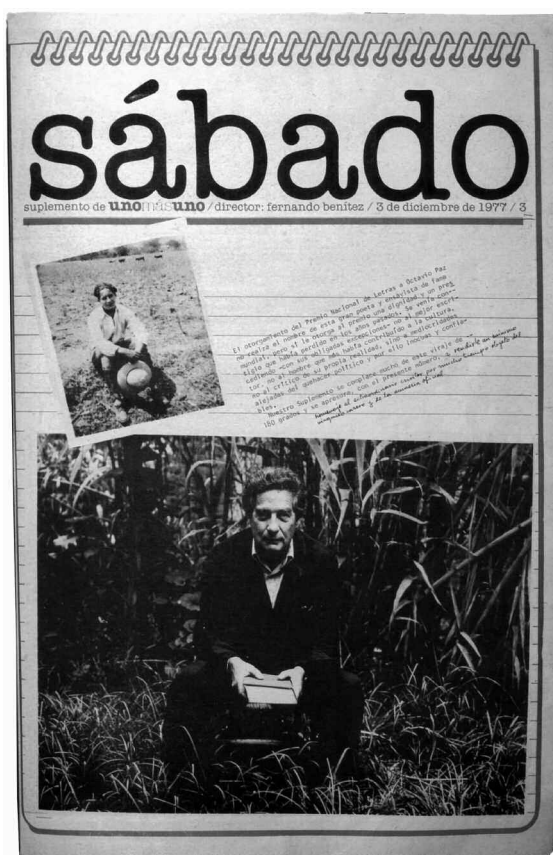
A ellos y a nosotros nos duró poco el gusto porque es de todos conocido que el Presidente Luis Echeverría urdió en 1976 la expulsión de Scherer y sus seguidores para acallar la crítica razonada y razonable que hacían sus columnistas, reporteros y colaboradores. Scherer era amigo del presidente y en ese momento estaba lejos de fomentar una crítica de oposición. El problema fue que

Echeverría heredó el poder absolutista de los caudillos de la Revolución, sin ser caudillo ni revolucionario, sólo un hombre intransigente que cambió todo para que todo siguiera igual. Pero le falló el cálculo porque lo que propició con su arrebato no fue la dispersión de sus críticos sino su agrupamiento. El talante liberal de José López Portillo permitió la reforma política que le dio acceso a las cámaras a los partidos minoritarios, y la publicación de una revista y un diario que cambiaron el perfil de la prensa escrita en México, la ya mencionada revista *Proceso* y el también mentado diario *unomásuno*. Creo que entre todos sus remordimientos, el que más le caló las bóvedas de la mente a Luis Echeverría fue el error del *Excelsior* porque don Julio Scherer y sus colegas se ocuparon de exponer sus bellaquerías sistemáticamente, hasta que fue juzgado por sus crímenes. El que haya sido absuelto por la justicia mexicana sólo agrega que dicha justicia no merece tal título.

Comienzo mi intervención en este Primer Encuentro Nacional de Periodismo Cultural mencionando una etapa poco estudiada sobre la libertad e independencia que tienen hoy los medios de comunicación, porque en mis visitas a diversas universidades públicas y privadas del país he constatado que los estudiantes de comunicación ignoran que así comenzó la era crítica de los diarios mexicanos del último tramo del siglo XX. Francamente no sé qué enseñan en tales centros de estudio porque sus alumnos tampoco saben que en Monterrey y en Mérida dos diarios de carácter empresarial buscaron esa libertad e independencia por distintos medios

pero con fines similares: ganar la confianza de los lectores. *El Diario de Yucatán* y *El Norte* se fundaron en los años veinte y treinta del siglo pasado, respectivamente, pero fue la errática conducta populista de Echeverría quien los llevó en los años setenta a pertrecharse en la ley de la oferta y la demanda.

Debemos recordar que para entonces el control del papel periódico en México era digno de un gobierno totalitario porque sólo el Estado podía producir y exportar dicha materia prima. Por lo tanto, el gobierno no tenía necesidad de exhibirse como el censor político de un diario o una revista; lo que hacía era negarle el papel aduciendo los motivos más inocuos. Los empresarios de los diarios mencionados hallaron la manera de llenar sus bodegas de la pulpa que les permitía defender sus intereses y criticar las malas acciones del gobierno, de manera que en los años setenta del siglo XX un grupo de periodistas, escritores, académicos, investigadores y científicos connotados, y dos familias de empresarios con ideas modernas, influidas por el periodismo gringo, iniciaron en el centro, el sur y el norte de la República Mexicana, la larga marcha de la libertad de expresión de la prensa escrita. Lo curioso es que al comienzo de ese viaje los dos marchantes parecían andar caminos opuestos, cuando eran paralelos. Ni el grupo de *Proceso* encabezado por Scherer, ni el grupo de *unomásuno* comandado por Manuel Becerra Acosta eran radicales de izquierda, ni los empresarios de *El Diario de Yucatán* y *El Norte* eran radicales de derecha. Había, entre sus filas extremistas, personas de ambas tendencias, pero sus lí-



deres eran sensatos porque el poder presidencial estaba en su ocaso, sin saberlo, pero aún tenía el poder para detenerlos, o mandarlos al exilio con una maleta llena de dólares, como ocurrió, en efecto, durante el sexenio de Salinas de Gortari con un periodista excepcional a quien admiré y temí por igual: Manuel Becerra Acosta, el fundador y el destructor del diario *unomásuno*.

En ese distanciamiento me tocó un mínimo papel de comunicación entre ambos bandos porque en los años ochenta Carlos Payán, a quien le debo mucho porque él me invitó a formar parte de la fundación de *unomásuno*, me dio bandera blanca para hacer un reportaje sobre *El Norte*, para *La Jornada*. Ojo: la izquierda husmeando a la derecha. En Monterrey me recibieron con reservas pero tanto su entonces joven director, Ramón Alberto Garza, como su dueño, Alejandro Junco de la Vega, se abrieron de capa. En la Ciudad de México algunos camaradas de *La Jornada* frunció el ceño pero el apoyo de Héctor Aguilar Camín fue decisivo para que se publicara un reportaje que destacaba los adelantos técnicos del diarismo regio y su visión moderna del periodismo escrito, que incluía el mejor sueldo del país para reporteros y colaboradores, y una distancia del poder político que prohibía a sus representantes recibir cualquier dádiva del gobierno. Aquí es necesario decirles a los jóvenes del siglo XXI que en el siglo de sus padres el *chayote* floreció en la prensa nacional, regional y municipal como si fueran verdolagas porque era el trato común entre medios e instituciones. Los salarios de los reporteros, columnistas, colaboradores eran tan bajos que se completaban con la fuente gubernamental, con el dinero público y privado que compraba, no siempre el silencio de la prensa, pero sí su dignidad, su independencia.

Al ofrecer un salario digno, los diarios de origen empresarial superaban a los diarios de vocación gremial porque los directivos, editores, reporteros de los llamados diarios nacionales se formaron en la famosa traza mexicana, esa complicidad del bien y el mal que nos tiene fundidos en la mierda. Recuerdo que una de las noches en que el alcohol me dio valor para preguntarle a mi admirado y temido director Becerra Acosta, qué pensaba del *chayote*, respondió que era responsabilidad de cada reportero, de su conciencia. Ese libre albedrío fue el que acuñó la frase de que los periodistas críticos del sistema golpeaban con la mano izquierda pero cobraban con la derecha.

EL DIARISMO DE LA CULTURA

En México tenemos una larga y luminosa tradición de la prensa cultural, sobre todo en revistas y suplementos, porque el diarismo cultural se inicia entre nosotros precisamente con la fundación de *Proceso* y *unomásuno*, es

decir, tiene apenas treinta y dos años. Todos los diarios nacionales tenían crónica de música, teatro, danza, pintura, reseña de libros, pero iban en las páginas de toros, de espectáculos o de sociales. En el *Excélsior* dirigido por Scherer la cultura tuvo un peso específico con el suplemento cultural que en sus diversas etapas (Álvarez del Villar, Leñero, Solares), rivalizó en penetración e importancia con “La Cultura en México”, el mítico suplemento de Fernando Benítez, y con la revista *Vuelta* que con Octavio Paz como director alcanzó el rango de foro y cátedra del pensamiento contemporáneo. Aquel *Excélsior* fue el pionero del diarismo cultural al llevar algunas páginas de cultura en la edición diaria, pero fue hasta que don Julio y Becerra Acosta salieron de ahí cuando le dedicaron una sección completa a la producción artística en sus nuevos medios. Por fortuna, la gente que fundó *Proceso* y *unomásuno* eran gente de letras, de cultura. Junto a Scherer, Vicente Leñero y Armando Ponce le dieron a la crónica, la crítica, la entrevista, el reportaje cultural todo el peso del periodismo escrito. Junto a Becerra Acosta, Carlos Payán, Miguel Ángel Granados Chapa, Héctor Aguilar Camín, Rodolfo Rojas Zea, Roberto Vallarino, Humberto Musacchio hicieron lo mismo. Y en ambos medios, sin figurar como jefe o directivo de otra cosa que no fuera su amplio sentido del humor: Carlos Monsiváis. No fue fácil porque en la escala de valores del periodismo la fuente de cultura estaba por debajo de la nota roja y de sociales, y por supuesto de espectáculos. Sobre todo en el *Excélsior* del que provenían los cuadros directivos de los nuevos medios. Salvo Carlos Payán que sin ser periodista fue elegido subdirector del *unomásuno*. Supongo que esto permitió que gente como yo que tampoco era periodista fuera invitada a participar en la primera sección diaria de cultura de aquel periódico tan fuera de la norma del diarismo mexicano.

Los periodistas de los medios tradicionales aseguraban que la revista de Scherer y el diario de Becerra Acosta fracasarían rotundamente porque ningún medio podía sobrevivir sin el apoyo oficial. Los periodistas de los medios establecidos estaban tan cómodamente casados con esa convicción que no tomaron en cuenta el descontento de diversos sectores de la sociedad mexicana con la prensa acotada, amordazada por el poder público y privado. La respuesta de la clase letrada, de maestros, estudiantes, trabajadores, intelectuales fue fervorosa porque se había roto el tabú de la censura, pero sobre todo de la autocensura informativa. Con un nuevo formato, con un mejor y más libre contenido, con el compromiso latente de servir al lector, *Proceso* y *unomásuno* superaron sus limitaciones económicas y técnicas para convertirse en material no sólo de información y análisis sino de lectura, porque una de las características de ambos medios fue el cruce de literatura y periodismo, un poco a la manera del nuevo periodismo gringo pero sin imitarlo

proceso

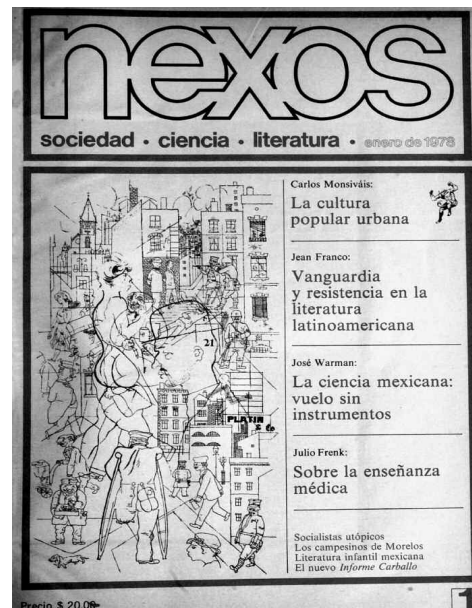
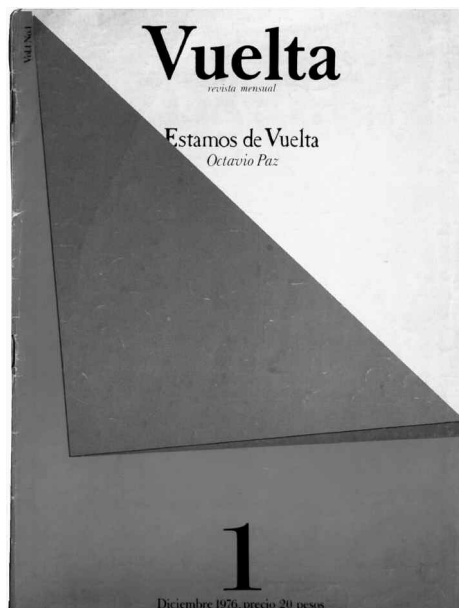
DIRECTOR GENERAL: JULIO / CHERER GARCIA

El sexenio **LAS PALABRAS
Y LOS HECHOS**

Cosío Villegas **MEMORIAS
DE UN DISIDENTE**

Libre expresión **DE EXCELSIOR
A PROCESO**

No. 1 NOVIEMBRE 6 1976 \$10.00



porque aquel impulso por cambiar la forma y el fondo del diarismo salía del corazón de aquel grupo heterogéneo de redactores, reporteros, analistas, formadores, francotiradores y quintacolumnistas que nunca faltan en las grandes y pequeñas epopeyas. En el sur y el norte, mientras tanto, con apoyo económico y tecnológico, *El Diario de Yucatán* y *El Norte* ganaron la confianza de la clase pudiente y el sector ilustrado de la clase media para convertirse en un contrapeso del poder público.

El éxito de las secciones culturales de la revista y el diario tantas veces mencionados obligaron a los diarios nacionales y regionales a inaugurar la suya, de manera que en los años ochenta y noventa del siglo XX se dio una reñida competencia en el diarismo cultural porque en las redacciones aún tenía sentido ganar una nota, tener una exclusiva, buscar un ángulo diferente a la información diaria, darle voz no sólo a los santones del arte sino a los artistas contestatarios, promover el debate, la polémica, y algo muy importante: escribir lo mejor posible. Buena parte de los reporteros de cultura de la Ciudad de México éramos amigos, o al menos colegas, pero a la hora de la chamba lo importante era ser el primero. Ahora que el diarismo cultural está en declive, cuando la mayoría de los periódicos y revistas comprimen, banalizan, funden o simplemente suprimen las páginas culturales, aprecio que me formé como reportero de la cultura en un momento excepcional, fundacional, en el que se iniciaba un camino cuyo horizonte se redujo brutalmente con el advenimiento de Internet, la comunicación virtual, la información global en tiempo real.

Para unos es el fin de la prensa escrita, para otros el comienzo de su mejor época. El debate está en la mesa y pasará cierto tiempo para saber quién está en lo cierto. Pero hoy, en México, la prensa cultural está como las selvas, las mariposas y los ríos, en peligro de extinción, por causas propias y ajenas. Ya podemos ver que

el modelo que le dio vida diaria está agotado. Lo que ayer fue imaginativo hoy es rutinario. Como no hay forma de ganarle la noticia a los medios electrónicos y virtuales, ya no importa dar la información primero que nadie, pero tampoco ha importado medir su resonancia, buscarle el ángulo analítico, darle una vuelta de tuerca, en suma. Hoy, las eminencias literarias y los grandes personajes del pensamiento y el arte son puestos en la misma vitrina que los autos, los perfumes, los condones, y los reporteros hacen cola para entrevistarlos. La repetición es entonces el signo de las entrevistas en serie. Hay que esperar los premios, las muertes, los aniversarios para hacer una nota sobre José Emilio Pacheco, por ejemplo, cuando su obra da para pensar y escribir cualquier día de la semana. En el periodismo electrónico y virtual el arte y sus creadores sólo tienen algún espacio cuando son parte del espectáculo. Un libro extraordinario como la autobiografía de Edgar Morin, el filósofo francés de la complejidad, es impresentable en esos medios, y también en la prensa escrita donde no he visto ni una nota de la versión al español que sacó recientemente una editorial catalana. Hace algunos años la reseña de libros era parte central de los suplementos culturales y hoy es difícil hallar quien las escriba porque es más complicado encontrar quien las publique. Hace unos años, también, gente como Raquel Tibol, José Antonio Alcaraz, Jorge Ibarquengoitia, Ana Mérida, hacían la crítica de las bellas artes. Hoy no hay críticos porque habiendo tantas universidades en donde se imparte la carrera de comunicación, no hay espacios académicos para la crítica, ni para el periodismo cultural.

Tal es la paradoja. Las carreras de comunicación siguen produciendo una cantidad industrial de licenciados en la materia cuando sus fuentes de trabajo están saturadas, pagan sueldos de risa y no tienen futuro, sobre todo los diarios y revistas que se hacen en los estados. Para

mi sorpresa, más del 60 por ciento de los alumnos de comunicación de las universidades públicas toman la opción del periodismo escrito, y si uno revisa las publicaciones de sus localidades sólo queda deducir que estos chavos son autodestructivos. En mis cursos de periodismo cultural he descubierto que los estudiantes de periodismo no leen los diarios locales, rara vez los nacionales y casi nunca los internacionales. Con los locales lo entiendo porque en sus páginas siempre es más relevante un bautizo y una despedida de soltera que la reseña de un libro o la crónica de un concierto. Pero así como el escritor se hace leyendo libros, el periodista se forma revisando los periódicos, así sea para soñar con hacer algo distinto. Por ello, les recomiendo tomar como referencia de lo que aún se puede hacer en cultura en la prensa escrita las páginas de *El Financiero* en las que Víctor Roura lleva veintiún años poniendo el dedo en la llaga.

En octubre del año pasado me tocó organizar el Segundo Encuentro de Periodismo Cultural de Iberoamérica al que asistieron colegas de los veintidós países de habla española y portuguesa. Ahí descubrí dos cosas. Primera: que en territorios como Costa Rica, Uruguay, Brasil, Argentina y España, el periodismo cultural tiene su sitio porque se ha ganado sus lectores mediante diversas estrategias que impiden que los dueños de los medios los traten como una rémora. Segunda: que Internet no es el enemigo número uno sino el mejor aliado del periodismo escrito. Los jóvenes de mi generación leíamos los diarios para estar conectados con el mundo porque eran las hojas impresas el medio para lograrlo. Mi hijo de catorce años no lee ni los diarios ni las revistas donde escribe su padre pero tiene conexión con noticias que le interesan de todos lados del mundo, con la ventaja de que puede interactuar con aquellos conectes y dar su punto de vista respecto a los temas que abordan. Sin duda, el gran logro de Internet es que ha democratizado la información, porque aun en países como México en el que apenas un 23 por ciento de los estudiantes tiene computadora, este porcentaje es altísimo en comparación con los menores de dieciocho años que leen los diarios, escuchan o ven noticieros. Hace treinta años sólo los grandes eventos, los grandes personajes, los grandes libros, los más grandes artistas tenían cobertura mediática. Hoy mi hijo, un perfecto desconocido, tiene más de mil visitas en cada uno de los *performances* que sube a *You Tube*.

Ante la cerrazón de los medios impresos y electrónicos, los jóvenes hallan en Internet el espacio para expresarse. Pero así como existe el tormento de la página en blanco, se da el martirio de la pantalla vacía. La mayor parte de lo que hay en la red es basura, artísticamente hablando, porque el medio no resuelve por sí mismo la forma y el contenido de sus materiales. Un grupo de gente de teatro abrimos en Xalapa un sitio

para la información, la crítica, las entrevistas, los reportajes culturales, sin cortapisa alguna. Sin embargo, nos está costando trabajo hallar cronistas, críticos, reseñistas, reporteros virtuales porque para decir algo con sentido hay que pensarlo y luego hablarlo, escribirlo, dibujarlo, fotografiarlo, filmarlo con precisión, claridad y profundidad, y para esto no hay programa en la computadora porque aún depende del talento, la disposición, el estudio, la disciplina, la conciencia del ser humano.

Los griegos le decían Arte a la técnica para producir cualquier cosa. En la Hélade eran artistas los jardineros, los alfareros y los poetas. Los romanos le llamaron Arte a los productos relacionados con la estética, la emotividad y el misterio de la condición humana. En el Renacimiento se le llamó artesano al productor de obras en serie y artista al productor de obras únicas. En el siglo XIX se le dijo artista al pintor, al escultor, al músico, al poeta atormentado por las musas. En la primera mitad del siglo XX los artistas fueron la avanzada de su lugar y de su tiempo, pero también los parias de una sociedad encaminada ya no a gozar los bienes de la naturaleza y los productos del trabajo sino a consumirlos. Desde entonces hay que estar algo tocado del cerebro para escoger al Arte como una forma de vida. El tema da para más pero como ya he abusado de su paciencia lo que quiero asentar como conclusión es que para ser periodista de la cultura se requiere la misma pasión, la misma terquedad, la misma entrega del artista por su quehacer, por su delirio, con la desventaja de que el periodista, el crítico jamás alcanzarán el reconocimiento, la fama, la riqueza de su objeto de estudio.

Hoy que todo parece estar en contra del trabajo periodístico dedicado a la cultura, sólo aquellos individuos tocados por el amor a lo imposible hallarán la manera de honrar su profesión, su oficio. Y no será sólo en los diarios y revistas establecidos, y no será únicamente al cobijo de las instituciones, y no será en la inacción, en la amargura ni en la queja donde estará la respuesta. Porque no es sólo nuestro oficio el que está en quiebra. Es el entramado social de la colmena lo que está hendi-do. Doscientos años de Independencia y cien años de Revolución nos revelan que construimos un país increíblemente desigual en todos los órdenes de la convivencia civilizada. Cuando casi la mitad de la población está sumida en la pobreza; cuando todo el aparato público está degradado por la corrupción, el abuso, la impunidad, la injusticia; cuando la clase política en general sólo causa asco y repudio; cuando ya es un peligro mortal salir a la calle, al barrio, a la ciudad que nos vio nacer, es que algo está podrido entre nosotros. Diógenes, el filósofo griego del siglo IV anterior a nuestra era, decía que cada vez que un hombre busca al culpable de su desgracia, mira al vecino, cuando debería, sobre todo, mirarse a sí mismo. ■